

Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América

Tomo II. Jornadas IV, V y VI
2008, 2009 y 2010
“Casa Martín Alonso Pinzón”
Palos de La Frontera

Excmo. Ayuntamiento de Palos de la Frontera
UNIA_Sede Santa María de La Rábida



Indios y franciscanos en la construcción de la Alta California

Salvador Bernabéu Albert

Director e Investigador Científico de la Escuela de Estudios
Hispano-Americanos de Sevilla, CSIC

Martha Ortega Soto

Profesora e Investigadora de la Universidad Autónoma
Metropolitana, México

El anhelo de California¹

La ocupación de las costas pacíficas de Norteamérica fue un deseo de la Corona española desde los primeros viajes de exploración en el siglo XVI. Los monarcas españoles financiaron y enviaron un gran número de expediciones al Noroeste, que pueden agruparse en dos etapas. La primera comenzaría con los viajes organizados por Hernán Cortés y terminaría con las expediciones marítimas de Sebastián Vizcaíno (1532-1603). Este último fijó un punto mítico en la costa para iniciar la colonización y servir de refugio al galeón de Manila: el puerto de Monterrey; además de alabar las excelentes condiciones de otro fondeadero situado más al sur que bautizó como puerto de San Diego. Tras un largo paréntesis, en el que las actividades españolas se concentraron en el Golfo de California o Mar de Cortés, la llegada del visitador general de Nueva España, José de Gálvez, relanzó nuevamente las empresas marítimas y colonizadoras, que tendrían su *canto de cisne* con el viaje del teniente de fragata Juan Bautista Matute al norte de San Francisco (1767-1793)².

Antes de la llegada de Gálvez, e incluso muchos años antes de producirse la ocupación jesuita de la península (1697-1767), California se había convertido en un objetivo prioritario en la expansión franciscana en el Gran Norte, participando diversos frailes en los sucesivos viajes de reconocimiento tanto al litoral pacífico como al golfo o Mar Bermejo. Así lo demuestra la participación de varios frailes en los viajes enviados por Hernán Cortés al Golfo

¹ Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Excelencia “El Pacífico Hispano: imágenes, conocimiento y poder” (PO9-HUM-5392), aprobado y financiado por la Junta de Andalucía para el cuatrienio 2010-2013.

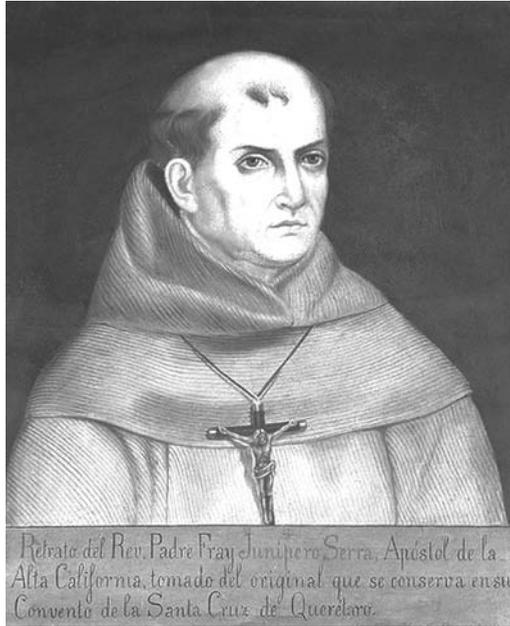
² Las expediciones cortesianas cuentan con una interesante bibliografía. Véase, León-Portilla, Miguel, *Hernán Cortés y la Mar del Sur*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1985; y González Rodríguez, Luis, “Hernán Cortés, la Mar del Sur y el descubrimiento de Baja California”, *Anuario de Estudios Americanos*, 42, 1985, 573-644. De gran utilidad es el libro de Holmes, Maurice G., *From New Spain by Sea to the Californias, 1519-1668*, Glendale: The Arthur H. Clark, 1963, pp. 75-100; y el compendio naval de Bernabéu Albert, Salvador, *La aventura de lo imposible. Expediciones marítimas españolas*, Barcelona: Lunwerg, 2000, pp. 141-165.

de California, que fueron los primeros que encontraron tierra. Seguramente hubo religiosos en el viaje de la nao *San Miguel*, capitaneada por Hurtado de Mendoza en 1532, que desapareció en la mar. El cronista Tello nombra a un fray Bernardo de Olmos, del que no tenemos más noticias. Sí tenemos más información, en cambio, de fray Martín de la Coruña y otro compañero, que se embarcaron en la *Concepción*, el barco que fue en su busca. Su piloto, llamado Fortún Jiménez, tras amotinarse junto a parte de la tripulación, dejó a los frailes en tierra. También fueron miembros de la orden seráfica los que acompañaron a Hernán Cortés a California en 1535. Por otra parte, cinco franciscanos procedentes de la provincia de Jalisco se embarcaron en 1596 con Sebastián Vizcaíno, quien puso nombre al puerto de La Paz (además de fijar los puertos de San Diego y Monterrey). Nuevamente hallamos franciscanos en la expedición de Nicolás de Cardona, quien exploró California en 1615, y al menos dos padres formaron parte de la expedición de Francisco de Ortega (1631). Todo esto pone de manifiesto que los franciscanos aspiraban desde muy antiguo a entrar en California, que se convirtió en un persistente señuelo a pesar de los repetidos fracasos de las expediciones. Ello explica el afán mostrado por la Orden de San Francisco en 1767, tras la expulsión de la Compañía de Jesús, por ser destinada a dicho campo misional³.

Pero junto al cumplimiento de un antiguo sueño —el administrar los establecimientos jesuitas de la península de Baja California—, los franciscanos también fueron conscientes de que, con su entrada en el citado territorio misional, participarían de lleno en una nueva fase de expansión y colonización en el Pacífico Norte. Efectivamente, la partida de los ignacianos marcaría el inicio de una nueva fase de exploraciones como complemento a un plan global de reformas de las defensas de la frontera septentrional del virreinato novohispano. José de Gálvez, responsable de una visita a Nueva España iniciada en 1764, sería el principal impulsor de la ocupación de la Alta California. A él se le deben varios proyectos para fomentar y consolidar el Septentrión —como la creación de una Comandancia General de las Provincias Internas— y la fundación del departamento marítimo de San Blas con el fin de conducir tropas a Sonora y adelantar la colonización y el control real de la península de

³ Bernabéu, Salvador, *Expulsados del infierno. El exilio de los misioneros jesuitas de la península californiana (1767-1768)*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.

Baja California, desde donde partirían los barcos destinados a ocupar y mantener los presidios, misiones y pueblos de la Alta California. En un viaje *reformista* hacia el citado departamento, Gálvez recibió una carta de la metrópoli ordenándole tomar medidas efectivas en contra de la presencia rusa en el Pacífico Norte. En consecuencia, poco después de llegar a San Blas, convocó una junta de oficiales y expertos —celebrada el 16 de mayo de 1768— para preparar una expedición marítima y otra terrestre, conocidas como la *Santa Expedición*, con el fin de poblar el puerto de Monterrey, lo que logró en 1769.



Retrato del Rev. Padre fray Junípero Serra, Apóstol de la Alta California, tomado del original que se conserva en el Convento de la Santa Cruz de Querétaro

José de Gálvez eligió al primer gobernador de California, el militar catalán Gaspar de Portolá, para comandar la empresa de ocupar San Diego y Monterrey, primer capítulo de la colonización española de la Alta California⁴. La sección marítima estaba formada por dos barcos, los paquebotes *San Antonio* y el *San Carlos*, que

⁴ Bernabéu Albert, Salvador, “El ‘Virrey de California’. Gaspar de Portolá y la problemática de la primera gobernación californiana (1767-1769)”, *Revista de Indias* 195–196, 1992, 271-295.

navegaron de forma separada. La terrestre también se dividió en dos partidas que ascendieron la península de forma independiente. La primera fue comandada por Fernando de Rivera y Moncada, capitán de la Compañía de Loreto, quien llevaba de apoyo al franciscano Juan Crespi, al pilotín José Cañizares, veinticinco soldados y numerosos indios de las misiones jesuitas. La segunda fue capitaneada por el gobernador Portolá, llevando en su compañía a fray Junípero Serra y al sargento José Francisco de Ortega. También formaban parte de la expedición varios soldados de cuera, criados e indios de las misiones, que guardaban las numerosas mulas que transportaban los víveres y otros enseres.

El grupo, que había salido de Loreto el 9 de marzo de 1769, siguió los pasos de la primera partida, alcanzando el puerto de San Diego el 29 de junio. Portolá y Serra se unieron con todos los expedicionarios de tierra y mar, aunque numerosos marineros estaban postrados a causa del escorbuto y varios sirvientes de las partidas terrestres habían huido durante el tránsito por la península de Baja California. Sin embargo, tanto el gobernador como el presidente de los misioneros decidieron que un grupo prosiguiera la exploración hacia el norte para buscar el puerto de Monterrey, jornada que realizaron entre el 14 de junio de 1769 y el 24 de enero de 1770. Aunque no localizaron el citado puerto, al parecer descubrieron el de San Francisco a finales de octubre y contactaron con numerosas rancherías de indios. La llegada del paquebot *San Antonio* a San Diego el 23 de marzo con abundantes bastimentos, capitaneado por Juan Pérez, animó a Portolá a emprender nuevamente la búsqueda, esta vez por mar y tierra. La combinación de fuerzas fue un acierto, pues se reconoció y se tomó posesión del puerto de Monterrey el 3 de junio de 1770. Siguiendo con las órdenes reales, se fundó un presidio y una misión —la segunda— bajo la advocación de San Carlos Borromeo. Meses antes, y mientras los expedicionarios trataban de hallar el mítico Monterrey, fray Junípero Serra fundó San Diego de Alcalá (el 16 de julio de 1769) la primera misión de la Alta California. Sobre este acontecimiento, el profesor Juan Marichal escribió hace algunos años:

“Fray Junípero fundó la primera misión en Alta California cuando tenía 56 años, y puede así decirse que actuaba en él un impulso quijotesco, además de un profundo sentimiento igualitario

de la vida. Pero fray Junípero (presidente de las misiones) tenía también mucho de ejecutivo contemporáneo y mostró extraordinaria valentía. En suma, podría mantenerse que fray Junípero es una compleja figura de la segunda mitad del siglo XVIII español, muy reveladora de aquella hora de España que aún no se ha estudiado suficientemente. Y cuyo estudio es muy pertinente para mostrar que ha habido más de una España”⁵.

Los franciscanos en Baja California (1768-1772)

Antes de seguir adelante, conviene aclarar que la ocupación de la Alta California fue en buena parte posible gracias a la administración seráfica de las misiones bajacalifornianas durante cinco años, lo que permitió sacar objetos religiosos, aperos, animales, alimentos, indios, soldados, familias de rancheros, etcétera, con destino a las nuevas fundaciones norteafricanas. Este “expolio” oficial, junto al apoyo de los virreyes y de la Corona, hizo posible que la colonización del nuevo territorio se hiciera a un buen ritmo. Efectivamente, expulsada la Compañía de Jesús, el Colegio Apostólico de San Fernando de México fue el encargado de sustituirla en la vieja península, iniciándose un breve pero intenso periodo seráfico (1768-1772)⁶. La decisión fue de José de Gálvez, muy cercano a la Orden, y en la elección debió pesar los éxitos de los frailes de San Fernando en la Sierra Gorda, cuyas misiones, bastante recientes, estaban ya listas para entregarlas a los seculares⁷. La comunicación de su elección se realizó poco después de la expulsión de los jesuitas. El Colegio puso dos

⁵ Marichal, Juan, “La utopía española de California”, *El País*, domingo, 27 de septiembre de 1987, p. 15.

⁶ El mejor estudio del período se lo debemos a Gómez Canedo, Lino, *Un lustro de administración franciscana en Baja California (1768-1772)*, La Paz: Dirección de Cultura-Gobierno de Baja California Sur, 1983.

⁷ Situada al norte de Querétaro, la Sierra Gorda forma parte de la Sierra Madre Oriental. En un escarpado y difícil paraje, los fernandinos crearon cinco centros misionales entre 1743 y 1770: Santiago de Jalpan, Santa María de la Purísima Concepción del Agua de Landa, San Francisco de Asís del Valle de Tilaco, Nuestra Señora de la Luz de Tancoyol y San Miguel Concá. En este campo misional se entrenaron muchos de los padres que después se harían cargo de las misiones californianas, como fray Junípero Serra, fray Francisco Palou, fray Juan Crespi, fray Francisco de Lasuén, fray Juan Ramos de Lora, etcétera.

condiciones: que un hermano colector partiese inmediatamente a España a reclutar nuevos misioneros para llenar los huecos que dejarían los destinados a California, y que las misiones de Sierra Gorda se quedaran, durante algún tiempo, con un solo misionero, liberando a cinco padres que se dirigirían rápidamente al nuevo campo misional.

El virrey marqués de Croix pidió doce misioneros al Colegio de San Fernando —conocidos como fernandinos—, aunque las misiones jesuitas eran diecisiete (la razón era que se querían dejar las más adelantadas al clero secular). Finalmente, el Colegio envió catorce frailes: nueve desde México y los cinco procedentes de la Sierra Gorda. Todos ellos fueron de forma voluntaria. Para encabezarlos, se eligió al mallorquín Junípero Serra, quien se puso en marcha rumbo a Tepic (Nayarit) con sus cuatro compañeros, donde se reunieron con los que venían de México el 25 de agosto de 1767. Durante la larga estancia en la ciudad nayarita, a la espera de que hubiese barcos listos para conducirlos a California, llegaron dos padres más (fray Dionisio Bastera y fray Juan de Medinaveitia), que completaron el número de dieciséis.

Entonces ocurrió un lamentable suceso. Los padres de la provincia franciscana de Jalisco, destinados a ocuparse de las misiones jesuitas de Sonora junto con los pertenecientes al Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, quisieron ir a California y apartar así a los fernandinos. Alegaron que, perteneciendo éstos a un Colegio Apostólico como los procedentes de Querétaro, se entenderían mejor que ellos. Parece que insinuaron al padre comisario general que en Tepic, donde estaban todos reunidos, se habían producido algunos altercados. De esta forma, con malas artes, lograron el permiso que los condujo a Loreto, lo que llenó de tristeza y enojo a Serra, quien envió a fray Francisco Palou y a fray Miguel de la Campa a Guadalajara con un grueso expediente donde se aclaraba todo lo sucedido. Desde la citada ciudad, Palou fue en persona a Guanajuato para entrevistarse con José de Gálvez. El Visitador se mostró inconforme y lo envió con el virrey Croix, quien anuló el cambio. Finalmente, los dos emisarios regresaron a Tepic el 31 de diciembre de 1767.

Al llegar, sus compañeros les informaron que los padres de Jalisco ya habían salido rumbo a California, en donde administraron las misiones durante tres semanas, pues el presidente de los

jalicienses, fray Manuel Zuzuárregui, que se quedó en Loreto, recibió a Serra y a sus hermanos el 2 de abril de 1768. Poco después, los primeros franciscanos que habían pisado la península de Baja California se embarcaron rumbo a Sonora para hacerse cargo de las misiones fundadas allí por los ignacianos, mientras los fernandinos eran repartidos por las antiguas misiones bajacalifornianas. En consecuencia, en pocos meses, los nativos estuvieron regidos por tres grupos misionales distintos (jesuitas, franciscanos jalicienses y franciscanos del Colegio de San Fernando), a los que se sumaría un cuarto grupo: los dominicos, que sustituyeron a los fernandinos en las antiguas misiones jesuitas en 1773. Efectivamente, los primeros dominicos llegaron a Baja California el 14 de octubre del citado año como consecuencia de un acuerdo o concordato que les otorgó todas las misiones jesuitas, San Fernando Velicatá y el terreno no evangelizado hasta el final de la península⁸. Los franciscanos evangelizarían al norte del arroyo de San Miguel, cerca de la actual Tijuana, territorio que sería denominado la Nueva o Alta California. Esto significaba que la totalidad de la península quedaba bajo la dirección espiritual de la Orden de Santo Domingo, lo que permitió a los seráficos el concentrar todos sus esfuerzos en los territorios norteños.

Sin embargo, no hay que olvidar los trabajos realizados por los franciscanos en la Antigua California durante el lustro que la administraron. Además de frenar la decadencia de las misiones del sur, acosadas por varias enfermedades y la falta de alimentos, se esforzaron en reunir y evangelizar a los pueblos nativos situados en los establecimientos más septentrionales, a pesar de los graves problemas de abastecimiento, comunicación y financiamiento que soportaron durante el quinquenio que rigieron los destinos misionales de Baja California. De todos los trabajos, nos detendremos brevemente en la fundación de la misión de San Fernando Rey de España de Velicatá (1769-1818), pues fue un antecedente de la gran actividad fundacional en la Nueva California. La ceremonia estuvo presidida por Junípero Serra, si bien antes el terreno había sido explorado por fray Juan Crespi. Como misionero residente se escogió a fray Miguel de la Campa y Cos, iniciándose la

⁸ Bernabéu Albert, Salvador y Catalina Romero, "El cambio misional en la Baja California (1773): aspectos socioeconómicos y culturales", en *Los Dominicos y el Nuevo Mundo*, Madrid: Editorial Deimos, 1988, pp. 557-593.

construcción de una iglesia y otros edificios de adobe.⁹ También se comenzaron los trabajos agrícolas (trigo, maíz, cebada y algodón) y ganaderos. Próxima a ella se fundó la visita de San Juan de Dios. Se trató de una misión de frontera, por lo que Campa fue apoyado por otros padres (fray Vicente Fuster, fray Antonio Linares y fray Pedro Cambón), quienes lograron bautizar 380 neófitos entre 1769 y 1773. San Fernando sería una escala fundamental entre la Vieja y la Nueva California, que pasaría a manos dominicas en 1773, siendo abandonada hacia 1818.

La California Hispana: defensa y evangelización

La ocupación hispana de la Alta California fue un éxito gracias a la rapidez de las fundaciones misionales y al apoyo constante de la Corona, que se tradujo en la aprobación de presidios, la creación de pueblos y en el mantenimiento de un pequeño, pero fundamental, grupo de barcos que permitieron mantener los lejanos territorios unidos al resto del imperio. Los virreyes fueron conscientes del creciente peligro de un ataque extranjero, principalmente por parte de rusos e ingleses; por ello, para proteger el territorio de las ambiciones foráneas y ayudar a los padres en su tarea de evangelización, se fundaron cuatro presidios: San Diego (1769), Monterrey (1770), San Francisco (1776) y Santa Bárbara (1782). Además, de acuerdo con las políticas colonizadoras de los ilustrados, se propició el establecimiento de colonos mientras se reconocía el terreno para fundar los primeros pueblos. Y en cuanto a los nativos, don José de Gálvez, al elaborar el proyecto de colonización de las Californias, hablaba no sólo de inducir a los indios a vestir a la manera española, sino también de hacerlos propietarios de sus parcelas para que se civilizaran más rápidamente.

Sin embargo, los misioneros fueron más moderados y sólo acogieron a unas cuantas familias de colonos y sirvientes en sus misiones durante los primeros años, aunque más tarde, cuando Felipe de Neve ocupó el cargo de gobernador de las Californias

⁹ Se fundó la misión de San Fernando Velicatá (1769) y se suprimieron las de San Luis Gonzaga, Nuestra Señora de los Dolores (1768) y Santa María de Los Ángeles (1769). Véase Meade, Walther, "San Fernando de Velicatá, apoyo de la colonización de la Alta California", *Calafia* 4, 1981, 5-11.

(1781), llevó esta política al extremo de promover la fundación de pueblos e incluso de proponer que los frailes ya no administraran los bienes materiales de los neófitos en las misiones y tan sólo se encargaran de su “bienestar espiritual”. Los misioneros se opusieron a esta última medida y lograron que no se realizase, pero no hubo marcha atrás en cuanto a la fundación de pueblos¹⁰. La Corona, escarmentada con la exclusividad misional jesuita en la Antigua California durante setenta años (1697-1768), potenció la creación de pueblos de españoles, como el de San José (1777) o el de Los Ángeles (1781) y la villa de Branciforte (1797). En los pueblos, además de los vecinos mestizos, poco a poco se sumaron nativos que convivían con quienes ya portaban las formas de vida consideradas como civilizadas. En consecuencia, el proyecto integracionista planteó estrategias innovadoras que, al menos en teoría, se pusieron en práctica como medio de acelerar la incorporación de los pueblos de recolectores-cazadores a una sociedad agrícola.

Asimismo, el gobierno español impulsó la creación de ranchos como instrumentos de colonización de los grandes espacios que quedaban despoblados entre las misiones, los pueblos y los presidios. A partir de 1784, el entonces gobernador Pedro Fagés fue autorizado para otorgar tierras a los colonos, en las que pudieran establecer ranchos. Muchos de ellos fueron soldados presidiales retirados que decidieron permanecer en la lejana provincia. Esta política partía de la suposición de que la presencia de colonos serviría de ejemplo a los nativos para adoptar, de manera más efectiva, las nuevas formas de vida que se esperaba que adquirieran para integrarse en la sociedad colonial. Los ranchos pronto se convirtieron en un elemento fundamental del paisaje californiano, como el concedido a Mariano de la Luz Verdugo en 1790, llamado *El Portezuelo*, o el otorgado al soldado Juan José Domínguez, bautizado el *San Pedro*, ambos en las proximidades de Los Ángeles. Desde 1782, la Alta California fue dividida en cuatro principales jurisdicciones desde el punto de vista civil y militar, cuyos centros fueron los cuatro presidios. En el resto del territorio, el gobernador estaba representado por los cabos y

¹⁰ Guest, Francis, “Misión Colonization and Political Control in Spanish California”, *Journal of San Diego History* 24, 97-116, esp. 103-113.

los comisionados, aunque los pueblos que se fundaron llegaron a tener un gobierno municipal como en el resto del virreinato¹¹.

A pesar de la importancia estratégica de los presidios, los pueblos y los ranchos —fundamentales para la defensa del territorio—, la expansión hispana y la colonización hasta la independencia de México (1821) solo fue posible gracias a la multiplicación de las misiones y a la labor de los franciscanos. En el Septentrión Novohispano, la misión fue una de las instituciones principales de la ocupación hispana, pero en el caso de la Alta California fue esencial, pues el sistema pueblo/presidios no fue suficiente para controlar el inmenso territorio altacaliforniano y a los numerosos nativos que lo habitaban. Por eso, de las citadas instituciones, la más importante fue la misión, tanto por el mayor número de las fundaciones (veintiuna), como porque tenía un proyecto claro de transformación cultural de los nativos. Recordemos que los franciscos llegaron al nuevo territorio con la finalidad de cristianar a los nativos y convertirlos en súbditos de Su Majestad Católica, es decir, hacerlos útiles al estado, convirtiéndolos en tributarios y en defensores de sus territorios¹². Para conseguir la transformación cultural de pueblos de recolectores-cazadores con territorialidad definida en pueblos de cultivadores sedentarios, los misioneros se dedicaron a enseñar a los nativos, de grado o por fuerza, a avecindarse en la misión y a aprender a cultivar. Esta tarea implicaba todo un sistema educativo que consistía en enseñarles los preceptos básicos del cristianismo católico para, a continuación, forzarlos a adquirir nuevas formas de vida y nuevos valores que hicieran de las rancherías nativas comunidades capaces de integrarse a la sociedad colonial. Esta labor se inició en 1768 con la fundación de la misión de San Diego y se prologaría

¹¹ Sobre el establecimiento, crecimiento y consolidación de los centros de colonización, véase Ortega Soto, Martha, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, México: UAM Iztapalapa-Plaza y Valdés Editores, 2001.

¹² Para un análisis sobre las consecuencias del establecimiento de las misiones, véase Heizer, Robert, "Impact of Colonization on the Native California Societies", *Journal of San Diego History* 24, 121-139. Otros trabajos fundamentales son los de Sandos, James A., *Converting California. Indians and Franciscans in the Missions*, New Haven & London: Yale University Press, 2004; y Hackel, Steven W., *Children of Coyote, Missionaries of Saint Francis. Indian-Spanish Relations in Colonial California, 1769-1850*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2005.

tras la Independencia con la fundación de la misión más norteña: San Francisco de Solano, el 4 de julio de 1823.

Combinando vigor, versatilidad y una férrea obediencia al padre presidente Junípero Serra, los franciscanos se extendieron a gran velocidad en la Alta California. Pero, ¿qué se esconde bajo este término? En primer lugar, *misión* tiene un sentido jurídico: la autorización papal para convertir infieles en un determinado espacio del globo. En segundo lugar, *misión* equivale a los trabajos de cristianización y de occidentalización de los indígenas. Por último, *misión* es un lugar geográfico y administrativo: el complejo de edificios, campos de cultivo, corrales, lugares de visita, acueductos, depósitos de agua, etcétera, situados en su espacio jurisdiccional, aunque en la actualidad ese territorio e instalaciones queden reducidos y compendiados en la iglesia principal de la misión. Es significativo que el término *misionero* no se generalizase en el lenguaje de las distintas órdenes hasta los primeros decenios del siglo XVII, empleándose anteriormente sinónimos como predicadores, obreros, varones de Dios, sujetos, etcétera¹³. Sobre misiones y misioneros franciscanos en el Norte de México hay una abundante literatura dedicada a los inicios y las sucesivas expansiones de los hijos de San Francisco, aunque son necesarios más estudios microhistóricos para conocer con mayor profundidad la evolución histórica de cada uno de los establecimientos misionales, ya que fueron muy diferentes en instalaciones, potencial agropecuario y en número de conversiones.

Otras cuestiones apenas abordadas en los estudios sobre las misiones californianas son las habilidades o defectos de los diversos padres para cumplir con los amplios cometidos que se esperaban de ellos. El padre provincial buscaba para enviar a las misiones individualidades extraordinariamente diversas y singulares, capaces de salir airoso de las más difíciles empresas y adaptarse a los terrenos más diversos. Pero muchos padres no pudieron realizar el trabajo por problemas físicos o psíquicos. La selección no era infalible. Dentro de los misioneros existen diferencias más que notables, en personalidad y métodos, a pesar de que todos trabajasen por un mismo fin y tuvieran, en general, una preparación similar.

¹³ Olaechea Labayen, Juan Bautista, "Origen español de las voces *misión* y *misionero*", *Hispania Sacra* 46, 1994, 511-517.

La falta de microhistorias misionales suscita arduos problemas, pues impide acceder a discursos más equilibrados y realistas que las visiones laudatorias o negativas (misión/barbarie, occidentalismo/indigenismo)¹⁴. A menudo, multitud de memorias fragmentadas, singulares, son diluidas por los trazos gruesos con los que se han escrito las historias generales, incluyendo las redactadas para mayor gloria y honor de las diversas órdenes religiosas. Hay un gran peligro de homogeneizar tanto a los misioneros como a los neófitos, tanto los éxitos como los fracasos. ¿Hubo imposición o mezcla, violencia o suavidad? ¿Se puede hablar de negociaciones en el seno de esas misiones? ¿Y de intercambios culturales? Al menos en este último punto sí, como demuestran los estudios sobre medicina natural, el aprovechamiento de los ecosistemas por los misioneros, las aportaciones geográficas de los nativos a la cartografía, etcétera. En cuanto a las relaciones entre nativos, franciscanos y colonos, se subraya la diversidad de experiencias adoptadas según los momentos y las misiones. En general, podemos distinguir tres posturas: en primer lugar, los que participaron de forma entusiasta del sistema colonial, adoptando numerosos aspectos de la cultura española; en segundo lugar, los que aceptaron esa cultura de forma selectiva y, por último, los que rechazaron abiertamente el sistema colonial. En este caso, los indios expresaron su descontento mediante las rebeliones, retirándose a zonas de refugio, donde disminuían los contactos con los misioneros y soldados, y participando en las bandas que robaban ganados y caballos.

Pero conozcamos ya las misiones franciscanas en la Alta California, la fecha de su fundación y sus primeros frailes:

Nombre	Fecha de fundación	Fraile/s fundadores
San Diego de Alcalá	16 de julio de 1769	Junípero Serra
San Carlos de Monterrey	3 de junio de 1770	Junípero Serra
San Antonio de Padua	14 de julio de 1771	Junípero Serra
San Gabriel Arcángel	8 de septiembre de 1771	Pedro Cambón y Ángel Somera

¹⁴ Weber, David J., “Blood of Martyrs, Blood of Indians: Toward a More Balanced View of Spanish Missions in Seventeenth-Century North America”, en David Hurst Thomas, ed., *Columbian Consequences: Archaeological and Historical Perspectives on the Spanish Borderlands East*, Washington and London: Smithsonian Institution Press, 1990, vol. 2, pp. 429-448.

San Luis Obispo de Tolosa	1 de septiembre de 1772	Junípero Serra
San Francisco de Asís	29 de junio de 1776	Francisco Palou
San Juan Capistrano	1 de noviembre de 1776	Junípero Serra
Santa Clara de Asís	12 de enero de 1777	Junípero Serra
San Buenaventura	31 de marzo de 1782	Junípero Serra
Santa Bárbara	4 de diciembre de 1786	Fermín Lasuén
La Purísima Concepción	8 de diciembre de 1787	Fermín Lasuén
Santa Cruz	28 de agosto de 1791	Fermín Lasuén
Nuestra Señora de la Soledad	9 de octubre de 1791	Fermín Lasuén
San José	11 de junio 1797	Fermín Lasuén
San Juan Bautista	24 de junio de 1797	Fermín Lasuén
San Miguel Arcángel	25 de julio de 1797	Fermín Lasuén
San Fernando Rey de España	8 de septiembre de 1797	Fermín Lasuén
San Luis Rey de Francia	13 de junio de 1798	Fermín Lasuén
Santa Inés	17 de septiembre de 1804	Esteban Tápis
San Rafael Arcángel	14 de diciembre de 1817	Vicente de Sarría
San Francisco Solano	4 de julio de 1823	José Altamira

Aunque hemos listado las misiones por su fecha oficial de fundación, no hay que olvidar que muchas de ellas cambiaron de sitio en una o varias ocasiones. Ello fue posible, durante los primeros meses de vida de la misión, por lo liviano de las instalaciones: tres o cuatro jacales que eran destinados a capilla, vivienda del padre, cobijo de los soldados y criados, y almacén de enseres y alimentos. En su compañía llevaban algunos perros, varios caballos y mulas de transporte, vacas, ovejas, gallinas y varios sacos con maíz, calderos, objetos religiosos, regalos para atraer a los indios y docenas de semillas con las que iniciar el cultivo de los campos. Uno de esos cambios lo protagonizó fray Junípero Serra, quien trasladó la misión de San Carlos Borromeo, desde su primera ubicación, a la orilla de un río que bautizó del Carmelo, situado a una milla del presidio de Monterrey. Su biógrafo, fray Francisco Palou, recogió el momento:

“La primera obra que mandó hacer fue una grande cruz, que bendita enarboló (ayudado de los soldados y sirvientes) y

*fijó en la medianía del tramo destinado para compás, que estaba inmediato a la barraca de su habitación, y otra que servía de interina iglesia, siendo su compañía y todas sus delicias aquella sagrada señal. Adorábala luego que amanecía y cantaba la tropa el Alabado, y delante de ella rezaba el siervo de Dios maitines y prima, e inmediatamente celebraba el santo sacrificio de la misa, a que asistían todos los soldados y mozos. Después comenzaban todos su trabajo, cada uno en su destino, siendo ingeniero y sobrestante de la obra el venerable padre, quien muchas veces al día adoraba la santa cruz [...]*¹⁵.

Tras elegir el lugar adecuado donde levantar la misión, los franciscanos buscaban a los indios, quienes permanecían en la cabecera misional alimentándose con las provisiones allí reunidas. Durante ese tiempo, se les enseñaban los misterios básicos de la Fe, repitiendo las oraciones una y otra vez hasta que las memorizaban. Cuando el misionero lo creía conveniente, recibían el bautismo y, con él, unas cruces que colgaban al cuello y algunas prendas para cubrir su desnudez. La ceremonia se adelantaba con los niños y con los enfermos en peligro de muerte, teniendo que desplazarse el misionero hasta donde se encontraban para que recibieran el sacramento, en ocasiones a larga distancia de la misión. Cuenta Palou que Serra les enseñó a saludarse con la frase “amar a Dios”, extendiéndose esta costumbre con tal rapidez “*que hasta los gentiles decían esta salutación, no solamente a los padres, sino a cualquier español [...]*”¹⁶.

¹⁵ Palou, Francisco, *Vida de Fray Junípero Serra, y misiones de la California Septentrional*. Estudio preliminar de Miguel León-Portilla. México: Porrúa, 1982, p. 93.

¹⁶ Palou, *op. cit.*, p. 93.



Mapa de los presidios y fundaciones franciscanas en la Alta o Nueva California

Padres e indios: retos y desencuentros del proceso evangelizador

Más difícil que enumerar los establecimientos misionales y el calendario de sus fundaciones lo es el evaluar los métodos de evangelización, el éxito de los mismos y la relación de los indígenas con los franciscanos y otros grupos hispanos: funcionarios, criados, soldados, marineros, etcétera, algunos —los menos— procedentes de la lejana Europa y la mayoría criollos, mestizos e indios más o menos occidentalizados, originarios generalmente de la Nueva España, que van a servir tanto a los misioneros como a los presidios, ranchos y pueblos.

Pero vayamos por partes. Transformar a los pueblos originarios de acuerdo con el modelo de sociedad que los misioneros querían construir no era tarea sencilla. Los religiosos,

tras siglos de experiencias, habían ido concretando algunas estrategias que les habían resultado más o menos efectivas. La capacidad y operatividad de tales métodos era producto no sólo de la dedicación y el celo de los misioneros —apoyados por los soldados de los presidios—, sino también de las características de los grupos nativos que súbitamente se veían compelidos a abandonar sus formas de vida tradicionales para adoptar otras totalmente ajenas a su cultura. Los franciscanos se encontraron con una gran variedad de pueblos, que hablaban numerosas lenguas y que plantearon problemas diversos de integración al sistema misional, si bien las autoridades (civiles, militares y religiosas) por lo general no valoraron la diversidad y riqueza cultural de los pueblos de recolectores-cazadores de América del Norte. El caso de los nativos de la Alta California no fue la excepción, de ahí que los mismos métodos no arrojaran los mismos resultados entre los diversos grupos nativos de la región cuando fueron congregados en las misiones y convivieron con los colonos de los pueblos fundados por los españoles¹⁷.

Los primeros nativos en recibir a los españoles fueron los llamados diegueños, del tronco lingüístico yumano, en cuya área fue fundada la misión de San Diego de Alcalá en 1769. Pero como el plan de colonización elaborado por José de Gálvez y fray Junípero Serra incluía la fundación de dos misiones más en los territorios de la Alta California, otros nativos, tanto del tronco lingüístico yumano como del uto-azteca, fueron afectados de inmediato. Prácticamente desde el inicio de la vida en la misión se produjo una caída drástica de la población nativa porque las enfermedades infecciosas, desconocidas para los indios, empezaron a propagarse entre ellos con una rapidez que se aceleró cuando los obligaron a cohabitar en grandes galiones poco ventilados, lo que favoreció el contagio.

¹⁷ La diversidad cultural de los nativos se observa en el gran número de idiomas que se hablaban en el área, de manera que grupos nativos cercanos no utilizaban la misma lengua. Por razones de espacio y porque algunas lenguas se perdieron, no nos detendremos a especificar cada una de ellas, tan sólo señalaremos los troncos lingüísticos a los que pertenecían. Estos troncos, en los territorios donde se ubicaron los establecimientos españoles, son: hokan, penutian y uto-azteca. Hay que enfatizar, sin embargo, que la variedad lingüística no implicaba formas de vida totalmente diferentes. Al contrario, los rasgos culturales generales eran compartidos, aunque en un análisis muy fino se pueden observar prácticas culturales distintas, sobre todo en los rituales y en las formas de organización familiar. Por tanto, los grupos podían reconocerse y distinguirse entre sí.

De acuerdo con los cálculos de Sherburne F. Cook, los grupos autóctonos congregados en las misiones perdieron, a lo largo de setenta años, aproximadamente 135.000 miembros. A pesar de que las epidemias no alcanzaron grandes proporciones, el deceso de los neófitos fue constante.¹⁸ Este autor consideró que los pueblos del interior no habían sufrido ningún cambio. Sin embargo, las últimas investigaciones antropológicas demostraron que los nativos de California fueron alterados por la presencia española desde el siglo XVI, cuando se realizaron las primeras exploraciones en la región. Aunque no se realizó ninguna fundación española ni en el siglo XVI ni en el XVII, la sola presencia de los europeos afectó a las poblaciones costeñas y dejó un recuerdo de su presencia entre los nativos. Asimismo, el hecho de que los establecimientos españoles no se hayan fundado en los valles interiores, no significa que los habitantes de la región no hayan recibido alguna influencia.

Hay que considerar que los neófitos que huían de las misiones se refugiaban con sus parientes del interior, por lo que podían transmitirles enfermedades infecciosas. Además, a medida que los neófitos murieron, los misioneros buscaron nuevas rancherías para reemplazar el número de fallecidos. Es decir, primero congregaron a los pueblos que deambulaban por los alrededores de las misiones y más tarde tuvieron que buscar naturales en lo que ellos llamaban el valle de los Tulares, hoy conocido como San Joaquín. Así, reunieron en las misiones a pueblos que no se entendían e, incluso, que eran enemigos. Como los adoctrinaban en español, muchos de ellos terminaron hablándolo para comunicarse entre sí. Por otra parte, los gentiles que colaboraban con los soldados, y más tarde con los colonos y rancheros, pertenecían a las comunidades que vivían en los valles interiores.

En suma, con los colonizadores llegaron enfermedades para las que los nativos no tenían defensas y ello provocó un descenso importante de la población. Asimismo, las nuevas prácticas sociales impuestas por los misioneros desequilibraron a las comunidades,

¹⁸ Cook, Sherburne F., *The Conflict Between the California Indian and White Civilization*, Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1976, pp. 3-5, 18-20 y 200-201. Este libro es un clásico en el estudio del impacto de las enfermedades que llevaron los europeos sobre la población nativa y, aunque se han recalculado algunas de sus cifras, el panorama general sigue siendo el mismo que plantea,

modificando su reproducción natural¹⁹. Ahora bien, de acuerdo con las conclusiones de los estudiosos de la demografía²⁰, la gran mayoría de los indios que nacieron en las misiones no vivieron, pues también fueron víctimas de las enfermedades y de otros factores que contribuyeron a reducir sus niveles de supervivencia. Además, estos indios tuvieron la desventaja de no saber recolectar ni cazar, de manera que no huían de las misiones porque no tenían parientes a los cuales recurrir ni tenían la capacidad de subsistir fuera de ellas.

La concentración de los indios en las misiones transformó, asimismo, su dieta alimenticia. Los padres querían acostumbrarlos a ingerir los alimentos que consumían los españoles. Se sabe que la comida de los neófitos consistía principalmente en maíz, muy poca carne de res o de cerdo, manteca y pocas verduras²¹. El maíz es un cereal que proporciona más bien carbohidratos y muy poca grasa. La grasa que acostumbraban a tomar los nativos era vegetal más que animal. Desde luego la grasa de cerdo era muy diferente a la que podían consumir del venado y del conejo, por no mencionar la de las bellotas. El mayor problema de la misión consistió en que, como los padres esperaban que los nativos se transformaran en cultivadores y sedentarios, intentaron impedirles salir de las misiones para recolectar, cazar y pescar. En consecuencia, el cambio de la dieta era radical. No obstante, no siempre fue posible que los neófitos comieran lo que los misioneros deseaban. Durante los primeros años de colonización, la escasez de bastimentos que llegaban en los barcos abastecedores de San Blas los obligó a dejar salir a los indios a pescar, cazar y recolectar semillas. Más aún, la permanencia de los colonizadores no hubiera tenido éxito sin la ayuda de los nativos, que les proporcionaron alimentos en ocasiones difíciles²². Más tarde, cuando las misiones se convirtieron

¹⁹ Cook, "The Conflict...", *op. cit.*, p. 8.

²⁰ Cook, Sherburne F. y Woodrow Borah, *Ensayos sobre historia de la población. 3. México y California*, México: Siglo XXI, 1980, pp. 210, 217 y 221-223.

²¹ Cook, "The Conflict...", *op. cit.*, pp. 8, 34 y 45.

²² "Carta de fray Junípero Serra al Padre Guardián fray Juan Andrés, San Diego, 3 de julio de 1769", en Serra, Junípero, *Writings of Junípero Serra*, Washington: Academy of American Franciscan History, 1955, p. 134. En esta carta comenta que la expedición a Monterrey sólo sobrevivió gracias a que los nativos dieron de comer a los exploradores.

en importantes centros de producción agrícola, los nativos solían huir para alimentarse a la vieja usanza. Al mismo tiempo, los gentiles que trabajaban con los colonos no tenían obligación de modificar sus costumbres alimenticias. De cualquier manera, el cambio en los hábitos de consumo propició fenómenos de desnutrición entre los naturales.

No debemos ignorar que el medio ambiente también se vio afectado por la presencia de animales y plantas diferentes de las que existían en la región. Tal situación transformó de forma radical el ecosistema en el que los nativos vivían, por tanto, de manera indirecta, también su dieta alimenticia tuvo que cambiar²³. Por ejemplo, fray Junípero Serra escribió en 1773 que la leche de vaca era el único alimento que se podía proporcionar a los neófitos de Santa Clara y San Francisco,²⁴ tal vez de los grupos ohlone o miwok. Pero el presidente de las misiones no señala quiénes exactamente tomaban la leche —tal vez sólo los niños—, porque la mayoría de los adultos americanos no podían procesar la lactosa, sencillamente porque no producían la enzima necesaria para hacerlo. Todo ello tuvo que incidir de nuevo en la expectativa de supervivencia de los naturales de la Alta California

Por otro lado, las prácticas de reproducción se vieron afectadas por la vida en la misión. Uno de los patrones culturales que los misioneros pusieron más empeño en modificar fue la estructura de la familia. Siguiendo el modelo cristiano, los frailes obligaron a los nativos a adoptar una estructura familiar monogámica estricta. Para enseñarles a cuidar su castidad, separaron a los hombres de las mujeres cuando eran solteros. Estas limitaciones sexuales eran ajenas a las costumbres de los nativos, quienes no juzgaban que las relaciones sexuales tuviesen una carga negativa tal y como lo consideraba —y considera— el catolicismo. La falta de convivencia y las nuevas limitaciones de carácter sexual redujeron el número de nacimientos entre los neófitos. Esta situación también influyó en el descenso de la población y motivó un gran rechazo entre los nativos.

²³ Cook, “The Conflict...”, *op. cit.*, p. 9.

²⁴ “Representación de fray Junípero Serra al virrey. México, marzo de 1773”, en Palou, Francisco, Noticias de la Nueva California, en *Documentos para la historia de México*, 4ª serie, vols. VI y VII, México: Imprenta de Vicente García Torres, 1857, vol. I. p. 535.

Pero había otras costumbres que a los misioneros y a los colonizadores en general les resultaban incomprensibles: el aborto y el infanticidio. No concebían que para los nativos fuera un recurso aceptable cuando faltaba el alimento. A ello hay que añadir que no había medicinas ni médicos para atender a los neófitos y mucho menos a los gentiles.²⁵ Cabe mencionar que, pese a la voluntad de los frailes de mantener a las indias de misión aisladas de la “gente de razón”²⁶, con frecuencia hubo apareamientos entre colonizadores y colonizadas. Ya desde 1773, fray Junípero Serra se quejaba de la lujuria de los recién llegados hacia las indias²⁷. La suerte de los nuevos mestizos dependía de la actitud del padre hacia ellos. Si formaban una familia con las nativas pasaban a asimilarse al grupo de los colonizadores; de lo contrario, permanecían con los neófitos. Al pasar el tiempo, la adopción del cristianismo y la convivencia con los mestizos, no siempre forzosa, propició que paulatinamente fuera imponiéndose la familia monogámica, aunque fue también común que se siguiera conservando un modelo de familia extensa.

Otra imposición de los misioneros era obligar a los nativos a que abandonaran sus lugares de residencia, aunque fueran temporales, para reunirlos en el sitio que ellos decidían²⁸. Con esto no sólo les coartaban su libertad de movimiento, sino que también afectaban los recorridos territoriales que realizaban para recolectar, cazar y pescar. Una de las manifestaciones del malestar de los neófitos era la nostalgia: cuanto más se les alejaba de sus comunidades, más padecían de esta situación anímica. Tampoco era agradable para los nativos estar hacinados en las viviendas de las misiones, política que los frailes empleaban para controlarlos mejor²⁹. Por otra parte, como los neófitos no siempre pertenecían

²⁵ Cook, “The Conflict...”, *op. cit.*, pp. 21-33 y 107-109.

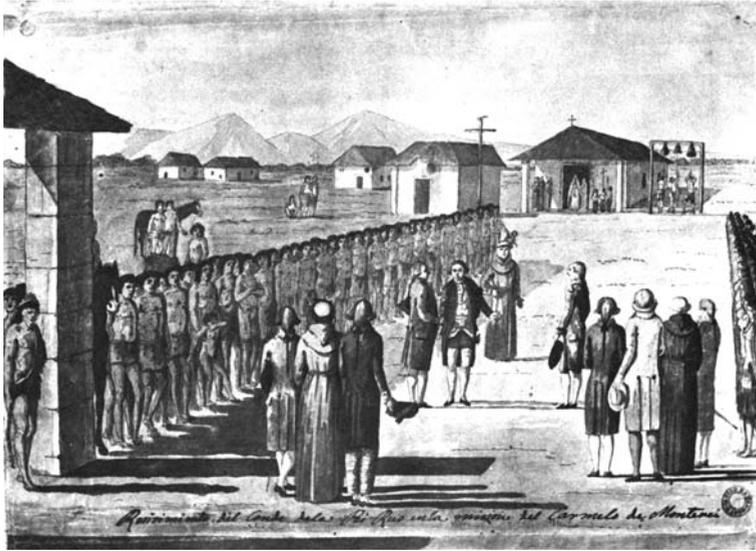
²⁶ La “gente de razón” eran todos aquellos españoles o mestizos que llegaban en calidad de colonizadores y que portaban, o al menos eso se suponía, una cultura española. El mero calificativo implicaba que los colonizadores asumían que los nativos gentiles no tenían una razón desarrollada, sobre todo porque no eran cristianos.

²⁷ “Informe de fray Junípero Serra al virrey, México, 20 de abril de 1773”, Archivo General de la Nación, México (en adelante *AGNM*), ramo Californias, vol. 26, ff. 258-259.

²⁸ Cook, “The Conflict...”, *op. cit.*, p. 73.

²⁹ *Ibid.*, pp. 81-82, 86-90.

a la misma comunidad, a veces tuvieron que cohabitar con sus enemigos.



José Cardero, *Resivimiento del Conde de la Pei Rus en la misión del Carmelo de Monterey*, Museo Naval, ms. 1723-1

Además, el tipo de trabajo que los frailes imponían para obtener alimentos era totalmente distinto al que habían tenido anteriormente. La diferencia es notable entre cultivar y recolectar, así como entre pastorear y cazar. Las jornadas de trabajo no son iguales³⁰. Pero tal vez lo más incomprensible para los nativos era el hecho de que el producto de su esfuerzo no fuera repartido entre todos y los misioneros almacenaran gran parte de la producción. Ésta era una práctica radicalmente opuesta a la solidaridad que se daba entre los pueblos de recolectores-cazadores. Si en algunos de ellos existían formas diferenciadas de distribución, también había fiestas rituales de “redistribución”, de manera que todos gozaban de la misma riqueza material. Los misioneros y los colonos llegaron a acusar a los nativos de flojos e incluso algunos autores posteriores han hecho suya esta falsa e injusta apreciación³¹.

³⁰ *Ibid.*, pp. 91-96. El profesor Cook considera que las jornadas no eran muy agotadoras, pero el problema es que el trabajo era forzado.

³¹ *Ibid.*, p. 99. No compartimos este juicio porque los pueblos recolectores-cazadores no emplean menos esfuerzo para sobrevivir que los agricultores, sino que distribuyen dicho esfuerzo de una manera diferente, lo que les lleva a

Estas son quizá las manifestaciones más evidentes de las diferencias culturales entre colonizadores y colonizados³². Hay otras, sin embargo, más sutiles. Por ejemplo, para los nativos el concepto de propiedad privada individual no tenía aplicación respecto de los cotos de caza o los campos de recolección. Tampoco sobre el alimento que obtenían. La comunidad y la familia estaban por encima del individuo. Para los colonizadores, en cambio, los derechos de propiedad se concebían de otra forma, no sólo porque existía la propiedad privada individual, sino porque en las misiones, aunque en el discurso todos los bienes misionales eran propiedad de los indios, nadie podía acceder a ellos si no era con el permiso y bajo el control de los franciscanos. Además, la gente de razón consideraba casi cualquier actitud de apropiación como un robo. Cuando se inició el proceso colonizador, los frailes se quejaban una y otra vez de que los nativos eran ladrones porque se llevaban alguna prenda o cualquier chuchería que llamara su atención. Así, de la misma manera, la aplicación de la justicia entre los nativos no recaía en un juez, sino que la comunidad o, en todo caso, los jefes de los *tibele*t³³, sin contravenir a la comunidad, decidían el castigo que un trasgresor debía recibir.

Los misioneros también intentaron modificar las ropas y adornos de los nativos. Querían que aprendieran a vestirse con calzón y camisa los hombres y con vestido las mujeres. Tampoco fue posible que se lograra del todo la imposición de esta costumbre, porque en un principio los nativos no sabían cultivar algodón ni sabían usar telares para hacer ropa. Los nativos de la Alta California utilizaban tatuajes y pintura corporal para distinguirse unos de otros

suponer a los pueblos sedentarios que los primeros tienen mucho tiempo libre, lo cual no es del todo correcto, pues no están realizando la tarea de recolectar o cazar no quiere decir que no estén ocupados en otras ocupaciones tales como fabricar armas, cestas o trampas.

³² *Ibid.*, p. 136 y ss.

³³ Los pueblos de esta área cultural eran grupos de recolectores-cazadores con territorialidad definida. Incluso algunas comunidades tenían asentamientos permanentes. Al parecer, dichas comunidades tenían alianzas entre ellas, de manera que muchas aldeas reconocían a una como su cabeza. El concepto que se ha acuñado para denominar este tipo de comunidades es el de *tibele*t, que no corresponde exactamente al de tribu. Véase, Lightfoot, Kent G., *Indians, Missionaries, and Merchants. The Legacy of Colonial Encounters on the California Frontiers*, Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 2005.

ante la falta de vestido. Esta costumbre les parecía repulsiva a los españoles, de manera que los misioneros se afanaron en impedir que siguieran realizando esta práctica. Por lo general, la mayoría de los grupos nativos dejaron de tatuarse y de usar la pintura corporal a medida que aceptaron vestirse como la gente de razón.

En la década de 1780, el gobierno virreinal envió un grupo de artesanos para que enseñaran sus oficios a los mestizos altacalifornianos, pero éstos se negaron a aprenderlos y los artesanos fueron a las misiones a instruir a los neófitos. Así que “los indios de misión” —como los llamaban los misioneros— aprendieron, entre otras artes, a hilar, a hacer cerámica, a trabajar la madera y a fabricar jabón. El aprendizaje de estos oficios artesanales no impidió que los nativos de California siguieran practicando la cestería: una de las artes indígenas más elaboradas de todo el continente americano. Por último, hay que recordar que los misioneros enseñaron a los indios a construir edificios a la usanza española, sin embargo, cuando las misiones fueron secularizadas, muchos de ellos volvieron a construir viviendas precarias hechas con materiales perecederos.

Soldados, indios y frailes: una convivencia obligada

En 1781 fue fundado el pueblo de Los Ángeles con colonos llevados a la Alta California por el capitán Juan Bautista de Anza. La mayoría de los pobladores eran agricultores, mineros y jornaleros: sólo había dos artesanos. Don Felipe de Neve, a la sazón gobernador de Las Californias, había llegado a un acuerdo con los nativos Yanga para que aceptaran a los colonos, así que indujo a varios de ellos a bautizarse e incluso los apadrinó. El asentamiento de colonos propició de inmediato la convivencia con los nativos, lo que dio lugar no sólo al intercambio cultural entre unos y otros, sino también a que se casaran entre sí. La mayoría de los indios de los contornos estaban congregados en la misión de San Gabriel, por ello, los nativos que colaboraron con los colonos eran gentiles llegados de comunidades más alejadas, quienes les ayudaron en la construcción de sus viviendas, a cultivar los campos y a cuidar del ganado.

Esta relación no les agradaba a los frailes porque los colonos no forzaban a los nativos a bautizarse ni a permanecer

en el pueblo; a cambio de ello, podían contar con los indios como trabajadores y, sobre todo, mantener un intercambio fructífero con ellos. Los naturales les llevaban carne fresca de venado, pieles y hierbas del interior de la Alta California. La convivencia entre niños y adultos dio como resultado que muchos mestizos de Los Ángeles aprendieran el idioma de los nativos mientras que éstos no siempre hablaban español. Esta situación agudizaba la animadversión de los frailes, quienes no perdían oportunidad para denunciar, ante las autoridades, que todo el trabajo en Los Ángeles lo realizaban los gentiles y no los colonos, a los que acusaban de flojos y perversos por no cumplir con la finalidad que los había conducido hasta la Alta California: la fundación de pueblos³⁴.

Sin duda, los colonos no cumplieron con su cometido, pues no ponían empeño alguno en obligar a los naturales a vivir a la usanza española. Esto, desde luego, no significa que la vida de los nativos no estuviera transformándose al convivir con la gente de razón, aunque no ocurría exactamente como los misioneros creían que debía pasar. Ahora bien, los colonos no trataban a los nativos como a sus iguales, pues pensaban, al igual que los misioneros, que ser cristianos, hablar español y ser sedentarios implicaba una superioridad cultural frente a los indios. No obstante, como mencionamos, no se negaban a convivir ni a formar familias con ellos. Por tanto, si bien muy pocos de los naturales que convivían con los colonos se integraron al pueblo, sí hubo algunos indios que se avicindaron en Los Ángeles y que se incorporaron a la sociedad colonial, de modo que el método no erró del todo. Hay que recordar, además, que algunos de los oficiales del presidio de Santa Bárbara se avicindaron en Los Ángeles y recibieron tierras para establecer ranchos cerca del pueblo, en donde trabajaban gentiles que, con el tiempo, llegaron a formar parte de la sociedad ranchera³⁵.

En los presidios, los soldados de cuera y los oficiales se relacionaban tanto con los indios de misión como con los gentiles.

³⁴ Sobre el tema, véase Jackson, Robert H. and Edward Castillo, *Indians, Franciscans and Spanish Colonization. The Impact of the Mission System on California Indians*, Albuquerque: The University of New Mexico, 1995.

³⁵ Los españoles llevaron caballos a la Alta California y, aunque los misioneros no pusieron especial énfasis en enseñar a los nativos a usarlos, éstos aprendieron a montar y, gracias a la convivencia con los rancheros mestizos, muchos de ellos aprendieron el oficio de vaqueros.

Los nativos se acercaban a vender pescado y harina; los militares podían intercambiar con ellos cualquier artículo, excepto sus espadas y lanzas, pero a veces contravenían las órdenes, pues por lo común el alimento escaseaba en los presidios. Pese a estas relaciones, los soldados de cuera no quedaban exentos de perseguir a los indios fugitivos y de tratar de evitar que los gentiles robaran el ganado.³⁶ Como podemos observar, la relación de los soldados con los naturales era muchas veces contradictoria, pues los soldados no siempre querían castigar a los naturales, aunque tenían que hacerlo por orden de sus superiores.

Cuando Felipe de Neve dejó el cargo de gobernador de las Californias redactó unas instrucciones a su sucesor para continuar con la fundación de una cadena de misiones en el Canal de Santa Bárbara, con la indicación de que debería mantener relaciones amistosas con los pueblos gentiles. Le proponía que recurriera al agasajo y a los regalos. De la misma manera le indicaba que a los nativos del norte, que estaban causando mucho daño en los establecimientos de La Soledad, San Francisco y el pueblo de San José, debía apresarlos, azotarlos y después mostrarse dadivoso y condescendiente con ellos. También le sugería que evitara enviar a los soldados de cuera a buscar a los neófitos huidos de las misiones, pues con frecuencia los gentiles los emboscaban. Lo mejor era que los indios de misión fueran a buscar a sus compañeros y que los oficiales de los presidios procuraran mantener buenas relaciones con las comunidades de gentiles para que no se opusieran al regreso de los neófitos. Neve recomendaba con toda claridad que era necesario exhortar a los frailes para que no castigaran tan severamente a los neófitos³⁷.

Los asentamientos altacalifornianos, como el pueblo de Los Ángeles, aunque afectaron a la población nativa, pues provocaron un descenso importante de la población —al mismo tiempo que modificaron algunas de sus prácticas culturales—, no lograron

³⁶ “Instrucción que ha de gobernar al comandante del presidio de Santa Bárbara y respectivamente a los sargentos que mandan las escoltas de misiones de La Purísima Concepción y San Buenaventura, sin lugar, 1782”, en *AGNM*, ramo Californias, vol. 61, f. 111.

³⁷ “Instrucción que Felipe de Neve dio al gobernador de la península de California, paraje El Saucito, 7 de septiembre de 1782”, en *AGNM*, ramo Californias, vol. 21, exp. 4, ff. 435-437.

acabar ni con sus tradiciones ni consiguieron romper los vínculos que los indios mantenían con las rancherías del interior. Un claro ejemplo de ello fue cuando, en 1808, apareció un gentil en la misión de San Fernando con una bandera desconocida para los frailes. En Monterrey, los oficiales la identificaron como una bandera británica. El portador de la misma decía que era una enseña que había pasado de tribu en tribu, y que sus primeros dueños querían conocer si había pobladores de origen europeo tierra adentro.

Las respuestas indias

No todos los nativos, ya fuera de forma individual o en grupo, tuvieron la misma respuesta hacia la colonización española de la Alta California. Algunos neófitos se acostumbraron a vivir en las misiones y adoptaron las formas de vida impuestas por los misioneros. Sin embargo, gran parte de los indios de misión mostraron diferentes grados y formas de resistencia al afán de modificarles sus prácticas culturales. La más común fue huir de la misión³⁸ para refugiarse con sus parientes, que vivían en los valles interiores. Entonces podía ocurrir que las expediciones punitivas los encontraran y los regresaran a las misiones, aunque esto no sucedía con frecuencia.

Había otro tipo de prófugos: aquellos nativos que salían de las misiones a recolectar y cazar para complementar su alimentación y después regresaban a ellas. Como los frailes siempre temían que los neófitos los abandonaran definitivamente, aunque regresaran, de todas maneras los castigaban como medida preventiva hacia el prófugo y hacia el resto de los indios para que no fueran a seguir su ejemplo. Los estudiosos que han abordado el tema de la huida de los indios señalan que fue una práctica que fue ganando terreno, haciéndose muy común en los últimos años del siglo XVIII³⁹, tal vez porque los gentiles eran conducidos a la misión desde lugares cada vez más lejanos, resistiéndose a cambiar sus formas de vida, quizás informados por otros gentiles de los métodos empleados por los franciscanos. Sea como fuere, lo cierto es que muchos indios se escapaban y regresaban a sus lugares de origen.

³⁸ Cook, "The Conflict...", *op. cit.*, pp. 58-63, también calculó cuántos neófitos huyeron durante la existencia de las misiones.

³⁹ Heizer, *op. cit.*, p.126.

Otra forma de resistencia consistía en la muerte de los misioneros, de sus ayudantes o, incluso, el ataque a los soldados de las misiones o de los presidios. En ocasiones conseguían sus propósitos, si bien los castigos que recibían quienes eran atrapados eran severos. Fray Junípero Serra sufrió que los nativos de San Diego mataran al indio que lo acompañaba desde la península de Baja California⁴⁰. Tal acción puso en alerta a todos los misioneros, pero al parecer los nativos no buscaron más que amedrentarlos un poco. La forma más sofisticada de resistencia consistía en los levantamientos, muchos de ellos concertados entre los indios de la misión y los gentiles. La primera gran rebelión ocurrió, como ya recordamos, en la misión de San Diego en 1775⁴¹. Los diegueños fueron una de las comunidades nativas que mayor resistencia opusieron al proceso de colonización.



Tomás de Suría, Dibujo de indio de Monterey. Museo Naval, ms. 1725-2

La ocupación de las tierras por los misioneros alteraba los circuitos de recolección y caza que de tiempo atrás tenían las comunidades indias. Esta situación dio lugar a revueltas de los naturales en contra de los establecimientos españoles, sobre todo de las misiones, que eran las que desmontaban más tierras para cultivarlas. En 1785 se conjuró un asalto que varias rancherías planeaban en contra de la misión de San Gabriel. El cabo José María

⁴⁰ “Fray Junípero Serra a fray Francisco Palou, San Diego, 10 de febrero de 1770”, en Serra, “Writings...”, *op. cit.*, p. 158.

⁴¹ Cook, “The Conflict...”, *op. cit.*, pp. 65-66.

Verdugo sorprendió a unos naturales preparando una emboscada y uno de ellos le contó los planes que tenían. De esta manera, antes de que los nativos entraran en acción, los soldados del presidio de Santa Bárbara pudieron evitar la revuelta.

En 1810 se descubrió que nuevamente los neófitos de la misión de San Gabriel planeaban otro ataque en contra de los misioneros coordinados con comunidades mohave. Cuando los guerreros estaban a punto de atacar, los detuvieron tropas de la misión de San Gabriel apoyados por soldados llegados de San Diego. A pesar de los éxitos, los militares no pudieron evitar que los ataques de los gentiles en contra de los poblados españoles y las misiones fueran cada vez más frecuentes en el siglo XIX⁴².

Otra forma de resistencia que implicaba una agresión a los colonizadores fue robar el ganado, acción que casi siempre realizaron los gentiles. Como hemos mencionado, para los recolectores-cazadores obtener presas no significaba una sustracción ilícita si sobraban. Es de suponerse que rápidamente aprendieron que para los colonizadores los animales encerrados entre cercas eran como aquellos que estaban en los cotos de caza de comunidades ajenas. Por tanto, al poco tiempo de la entrada de los frailes y los colonos, los nativos robaran el ganado con la clara intención de obtener botín.

La resistencia también consistió en mezclar las enseñanzas cristianas con sus propias creencias religiosas. En 1801, entre los indios chumash del Canal de Santa Bárbara, apareció un movimiento mesiánico que buscaba la reivindicación de los neófitos⁴³. Cualquier forma de resistencia propiciaba una única respuesta por parte de los colonizadores: el castigo, principalmente corporal⁴⁴. Cuanto más grave fuese el delito cometido por los nativos, más severo y cruel era el castigo. Así que los indios tuvieron que ingeniárselas para cumplir, aunque fuera de manera aparente, con las demandas de los colonizadores y evitar, al mismo tiempo, el castigo.

⁴² Castillo, Edward D., "Gender Status Decline, Resistance, and Accommodation among Female Neophytes in the Missions of California: A San Gabriel Case Study", *American Indian Culture and Research Journal* 18, 1994, 67-93.

⁴³ Heizer, *op. cit.*, p. 135.

⁴⁴ Cook, "The Conflict...", *op. cit.*, pp. 114-134.

A pesar de que la vida en la misión significaba estar sometidos de manera constante y sistemática a un proceso de abandono de sus prácticas tradicionales para adquirir las que los colonizadores, apoyados por la Corona española, consideraban civilizadas y cristianas, la mayor parte de los nativos consiguieron preservar elementos de sus culturas originarias al mismo tiempo que muchos patrones impuestos por los misioneros los resignificaron. Por eso, hasta hoy existen naciones nativas que reclaman al gobierno de los Estados Unidos que reconozca su identidad y sus derechos.

El sueño de los franciscanos de convertir la Nueva California en una utopía cristiana se fue desvaneciendo poco a poco, aunque pusieron las bases de una nueva sociedad que heredó el México Independiente. Del sueño seráfico se pasó a la quimera del oro con el hallazgo del dorado metal en los ríos situados al norte de San Francisco. Cuando miles de ciudadanos de medio mundo se dirigieron a California, tan sólo revivieron los anhelos de los navegantes españoles que desde el siglo XVI pusieron en el mapa una de las utopías más sólidas de la Historia.